

buscó una ocasión de avistarse con el embajador ruso, y le manifestó en franca conversacion que en su concepto eran comunes los intereses del Austria y los de Rusia. Cuando María Teresa felicitó á Colizyn, con motivo del nacimiento del gran duque Alejandro, dijole que podia estar seguro de que todos aquellos que le atribuian otros sentimientos que los de sincera amistad hácia Rusia (refiriéndose á Federico) no decian la verdad. José, en las demás conversaciones que tuvo con Colizyn, procuró presentar como episodios de escasa importancia la conquista de la Bukovina y los deseos de anexión de Baviera. Kaunitz, en su trato con Colizyn, se mostraba cada vez mas afectuoso é íntimo y José creyó conveniente manifestar al embajador ruso que la amistad del Austria hácia Rusia era independiente de su deseo de que la cuestion de Baviera se resolviera en sentido favorable al Austria.

Federico consideró oportuno poner á la vista de la emperatriz todos los documentos que se referian á la cuestion de derecho: Kaunitz, por su parte, puso tambien de manifiesto al gobierno de Rusia todas las notas que se habian cruzado entre el Austria y la Prusia, haciendo observar que tal proceder debia ser considerado como una muestra de la alta confianza que el Austria dispensaba á la corte rusa.

Algun tiempo despues la corte de Viena pretendió que Colizyn interpusiera su influencia para que Thugut con un salvo-conducto ruso, pudiera pasar al cuartel real prusiano; y habiendo fracasado esta tentativa, cuyo objeto era arreglar la cuestion, concibió el pensamiento de solicitar la intervencion de Catalina. «Todas las personas ilustradas de Viena, escribia Colizyn, designan á la emperatriz como árbitro en esta guerra, y como la salvadora de la monarquía austriaca.» Kaunitz preguntó á Colizyn si Catalina podria vencer la obstinacion de Federico y evitar de esta suerte la guerra (1).

Austria tenia la conviccion profunda de que Rusia no querria enredarse en una guerra contra ella, y de que Federico, sin la seguridad del auxilio de los rusos, no tomaria las armas (2). Por otra parte aun se esperaba mas. A principios de mayo, la corte de San Petersburgo fué avisada por el canciller de Estado austriaco de lo que habia ocurrido hasta el 1.º de abril entre las cortes de Viena y de Berlin; y María Teresa, en una carta autógrafa dirigida á la emperatriz Catalina, analizaba su conducta y la del rey de Prusia y dejaba á su juicio el resolver cuál de las dos partes debia ser considerada como agresora. Lamentábase, tambien, de que en su vejez se le obligase á emprender una nueva guerra, y de tener que abandonar este mundo en un momento en que su espíritu no estaria preparado para volar al otro. Despues de hacer grandes protestas de su amistad y adhesión á Rusia, suplicaba á la emperatriz que como cristiana y como soberana interpusiera su influencia para que el rey de Prusia desistiera de sus exageradas pretensiones. Poco despues, regresó de San Petersburgo el general Kaunitz, hijo del canciller austriaco, encantado de la emperatriz y portador de una contestacion llena de hermosas frases que, sin embargo, no lograron engañar á María Teresa, la cual escribió á José, diciéndole: «Nadie habla de mediacion.» Esta habia sido la secreta esperanza que habia acariciado la reina-emperatriz (3).

Muchos meses se pasaron sin saber á qué atenerse respecto de las intenciones de la emperatriz Catalina. María Teresa manifestó el temor de que Rusia abrazara el partido de Prusia: José creia lo contrario (4), aunque en opinion de

(1) Ssolowieff, XXIX, 263-266.

(2) Reimann, pág. 49.

(3) Reimann, pág. 95.

(4) Arneht, *María Teresa y José II*, III, 129. José escribia: «Yo no creeré, hasta que lo vea, que los rusos faciliten un solo hombre al rey,» pág. 153.

su madre, Catalina pondria 30,000 hombres á la disposicion de Prusia. Federico acariciaba grandes esperanzas de que Catalina «arrebataria al Austria la Lodomeria y la Pokutia y obligaria á la casa de Habsburgo á restablecer el derecho y la equidad en Alemania (5).» El príncipe Enrique creia tambien que se le facilitaria un cuerpo auxiliar ruso y solo temia que se retardase tal resolucion. «Si la emperatriz Catalina, decia Enrique, quisiese hacer una declaracion enérgica, produciria gran impresion en el ánimo de María Teresa (6).»

La declaracion enérgica se hizo en octubre. En una carta dirigida á Federico, disculpóse la emperatriz de su tardanza diciendo que aun cuando habia guardado cierta reserva durante algunos meses, su atencion habia estado siempre fija en la situacion de Prusia y de Alemania, manifestando que habia enviado una nota á la corte de Viena, cuyo texto se habia remitido al propio tiempo á Londres, Copenhague, Estocolmo, Regensburg, Versalles, etc. Añadia que al proceder asi, se habia dejado llevar únicamente por su amor á la paz y por los principios de justicia, y que si su declaracion no producía el debido resultado, Repnin, que iba á visitar al rey, discutiria con éste las medidas que deberian tomarse (7).

En su declaracion, la emperatriz se mostraba favorable á Prusia, en la cuestion que se discutia, y aconsejaba á María Teresa que se pusiera de acuerdo con Federico, pues, de lo contrario, no podria ella ver con indiferencia la injusta guerra que estallara en Alemania y se veria obligada á hacer lo que exigian el interés de su imperio, el de los príncipes que eran sus amigos y habian implorado su auxilio, y sobre todo el cumplimiento de sus deberes para con sus aliados (8).

Cuando Colizyn entregó esta nota al príncipe Kaunitz, éste quedó altamente sorprendido, y montando en cólera, dijo que no comprendía cómo la moderacion de que la corte de Viena habia dado tantas pruebas, habia podido merecer aquel pago: añadió que María Teresa queria la paz y que á la sazón se veia condenada á ceder vergonzosamente por la misma emperatriz que siempre se habia distinguido por su espíritu de justicia, por su generosidad y por su amistad hácia la reina-emperatriz. Colizyn contestó que Rusia consideraba injustas las pretensiones del Austria en la cuestion de la sucesión bávara, y que por lo demás Catalina ofrecia sus buenos servicios. Kaunitz replicó que de una intervencion de Rusia no habia que esperar verdadera imparcialidad, y manifestó el temor de que estallara, á consecuencia de todo, una guerra general (9).

Mucho agradó á Federico la declaracion de Catalina, pero deseaba que á ella siguiera un movimiento de tropas (10). Por desgracia, no conocemos la carta en que María Teresa dió cuenta al emperador José de la declaracion de Catalina; pero es indudable que la nota rusa produjo funesta impresion en el ánimo de la reina-emperatriz. José comprendió la dureza de aquel documento y dió á su madre algunas indicaciones acerca de la forma en que debía ser contestado. Por lo demás, persistia en su creencia de que el gobierno ruso no enviaria tropas al auxilio del rey de Prusia (11). En una Memoria diplomática procedente de Rusia, se decia: «30,000 hombres se dirigen á la frontera occidental de Polonia, y Repnin, que debe ponerse al frente de estas tropas, está ya preparado. El clamoreo que se ha alzado contra la corte de Viena se ha aumentado progresivamente, y el Austria con sus pretensio-

(5) Reimann, 93, 135.

(6) Reimann, 145.

(7) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XX, 376-377.

(8) Reimann, 183.

(9) Ssolowieff, XXIX, 267-268.

(10) Reimann, 183.

(11) Arneht, *María Teresa y José II*, 160, y Reimann, 185 y 191.

nes y solicitudes de intervencion por parte de Rusia, no ha conseguido mas que crearse enemistades y mala voluntad (1).

Federico, en su carta á Catalina, se mostró entusiasmado por la resolucion adoptada por esta: deciale que la gloria de su gobierno estaba asegurada con haber defendido al propio tiempo en las orillas del mar Negro la independencia de los tártaros y en Viena los derechos y libertades del imperio alemán; que este quedaria eternamente agradecido á la emperatriz por el apoyo que le prestaba; y que Rusia seria, en el futuro, el baluarte de Alemania contra la tiranía de los Césares (2).

Catalina envió á Repnin (segun escribió á Federico), primero para que sirviera de mediador, y segundo para discutir, en caso de que no pudiera llegarse á un acuerdo, la clase de auxilio que Rusia debia prestar á sus aliados (3). En el rescripto que recibió Repnin, en 18 de octubre, se censuraba duramente la conducta de la corte de Viena, diciéndose entre otras cosas que el elector del Palatinado «al ver el cuchillo en su garganta,» habia consentido en ser un «coheredero de la ambición austriaca.» En cambio, en el propio documento se colmaba de alabanzas al rey Federico por haber apurado, antes de apelar á las armas, todos los medios para evitar la guerra que hacian necesaria «el egoismo y el afán de rapiña» de la corte de Viena. De todo, añadia, tiene la culpa la ambición del príncipe de Kaunitz: sus intrigas han fracasado; y el rey, convencido de que el desinterés que aparentaba Viena era fingido, no quiso que se abusara mas de él. En el mismo tono se habla tambien de «las absurdas pretensiones» del emperador que queria ser parte y juez en su propia causa, y de «la buena y justa causa» de Prusia, etc. El documento termina diciendo: «De esta suerte gozaremos en toda Alemania de la fama de haber resuelto esa cuestion y quizá lograremos unir á los distintos príncipes en un solo sistema de gobierno. De este modo Rusia tendria el codiciado privilegio de ser la garantia de la Constitucion del imperio y adquiriria esa posicion, á la cual debe la Francia su gran influencia política (4).»

El emperador José II, en una carta dirigida á María Teresa en 4 de noviembre, manifestó la esperanza de que la corte de Viena, con una conducta enérgica al propio tiempo que con algunos halagos, lograria hacer desistir de su intento á la emperatriz Catalina (5). En Viena, nada se sabia acerca del contenido del rescripto enviado á Repnin; pero los deseos de paz que tenia la reina-emperatriz la indujeron, á pesar del duro proceder seguido por Catalina, á dar un paso decisivo. En efecto, en union con el rey de Francia, propuso á la emperatriz que indicara los medios necesarios para restablecer prontamente la paz, manifestando el convencimiento de que no podia poner en mejores manos sus intereses y su dignidad. Al mismo tiempo expresaba el deseo de que, en vez de acudir á un congreso ó á otros medios que dilataran la solucion, se eligiera el que mas rápidamente pudiera llevar á la paz, y rogaba, finalmente, á la emperatriz de Rusia que procurara conseguir cuanto antes un armisticio.

Catalina contestó que recibia con la mas viva emocion las pruebas de consideracion y de confianza que le daba la reina-emperatriz, y envió á Berlin y á Paris correos que activaran

la solucion del asunto, mientras ella proponia la reunion de diplomáticos en una ciudad neutral de Alemania (6).

Tambien el rey Federico deseaba evitar la guerra: Repnin escribió que le habia encontrado, en Breslau, enfermo y deseoso de paz (7), de tal suerte que Hergberg se quejaba al diplomático ruso de la exagerada propension del rey á hacer concesiones. El rey de Prusia se encontraba en efecto tanto mas dispuesto á firmar la paz, cuanto que no tenia muchas ganas de pagar los crecidos subsidios de las tropas cuyo auxilio le ofrecia la emperatriz (8).

Durante las negociaciones manifestó Repnin, en vista del afán de conquista y de los ataques del emperador José, la necesidad de firmar la paz de manera que las potencias mediadoras garantizaran la conservacion de la Constitucion del imperio (9).

Repin mostró gran actividad en la obra de la paz, y recibió cartas de muchos príncipes que daban á la emperatriz las gracias por haber intervenido en las cuestiones del imperio (10).

En marzo, reunieron los diplomáticos (Riedesel en representacion de Prusia, Coblenz de Austria, etc.) en Teschen, punto que Repnin habia designado como á propósito para las negociaciones; y en mayo se firmó la paz, en la cual tanta parte habia tomado Rusia. Asseburg escribia á Panin: «Es una verdadera suerte para Alemania que la garantia de nuestra eminente corte, hoy reconocida por haberse adherido al imperio y su jefe á la paz, haya contrareestado enérgicamente lo que podia ser un peligro para la Constitucion del imperio alemán. Gracias á esta garantia, Rusia podrá, á su voluntad, intervenir en las cuestiones temporales y espirituales del imperio (11).»

Federico II colmó de alabanzas á Catalina y en febrero escribia que la usurpadora corte de Viena se habia visto mas humillada con una sola palabra pronunciada por la emperatriz, que con todas las derrotas que hubiera podido sufrir, y que Catalina, despues de haber aniquilado con sus tropas el poder de los otomanos; despues de haber introducido con su escuadra el espanto desde la Propóntide hasta los Dardanelos, y de haber admirado al mundo entero con sus leyes, habia coronado su gloria como mensajera de paz. Todos los oprimidos, escribia Federico mas adelante, encontrarán siempre un apoyo en Catalina, y añadia que toda la Alemania le estaria eternamente reconocida, por haber restablecido la paz (12). En forma mas mesurada, pero no menos expresiva, manifestó tambien María Teresa á Catalina, en carta de 4, 15, de mayo, su gratitud por la intervencion de Rusia en aquel asunto (13).

Catalina, contenta por haber desempeñado tal papel, escribió, á fines de mayo, á Grimm: «La señora mediadora, aunque gobierne mal, os saluda.» Burlábase de las discusiones diplomáticas que habian durado, en Teschen, diez semanas y añadia: «Los sabios, sobre todo los hombres que llevan peluca, hacen cosas maravillosas, etc. (14).» Despues decia que habia aprendido á conocer cuán pesado es intervenir en los asuntos de los demás (15).

(6) Reimann, 195-196.

(7) Véase la reproduccion de las conversaciones entre Federico y Repnin en Ssolowieff, XXIX, 274.

(8) Ssolowieff, XXIX, 275.

(9) Ssolowieff, XXIX, 276.

(10) Asseburg que se encontraba al servicio de Rusia y que trabajaba, en Munich, en pro de la paz, escribia, entre otras cosas: «On ne demande pas mieux que de voir l'influence de la Russie augmenter et s'affermir de plus en plus dans l'Empire.» Reimann, 220.

(11) Reimann, 236.

(12) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XX, 383-388.

(13) Ssolowieff, XXIX, 318.

(14) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 142.

(15) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 142.

El emperador José II en Rusia (1780)

La feliz terminación de la lucha motivada por la sucesión bávara, objeto conseguido por la intervención de Catalina, dió ocasión al ministro prusiano Finkensteen para manifestar la necesidad de que las cortes de Berlín y de San Petersburgo viviesen más unidas aun que hasta entonces (1).

Sucedió sin embargo todo lo contrario, y la paz de Teschen puso término a la acción unida de Prusia y Rusia que había durado tantos años, introduciendo un cambio radical en el sistema de la política exterior de Rusia.

Mientras el ministro prusiano Hergberg sostenía que Prusia debía y podía ante todo inclinarse a una alianza con Rusia, y que a esta le era indispensable la alianza con aquella (2), comenzó a prevalecer en San Petersburgo la opinión opuesta.

Un observador profundo aunque no del todo imparcial, el embajador inglés Harris (que fué después lord Malmesbury) refiere en sus memorias y documentos esta modificación. Al llegar, a principios de 1778, a San Petersburgo, escribió desde allí a su gobierno que la preponderancia de Prusia en la corte rusa existía en toda su fuerza (3). Este diplomático, enemigo de los prusianos, lamentase con frecuencia de que Federico tuviese enlazada a la emperatriz en la red de sus adulaciones, de que el rey determinara la conducta y el modo de pensar de Panin y engañara no solo a sus enemigos sino a sus propios aliados. Harris procuró por tanto contrarrestar la influencia prusiana.

Pronto se vió que decaía la consideración de que Federico había gozado hasta entonces en San Petersburgo. Solms comenzó a quejarse de que sus opiniones y sus proposiciones no eran consideradas como antes; Görtz, que fué el sucesor de Solms, gozó aun de menos consideración que éste. Por su parte el austriaco Coblenz, que en 1779 llegó a San Petersburgo, trabajó para conseguir una aproximación entre Austria y Rusia (4). Potemkin dió al embajador inglés que Catalina estaba descontenta de Federico, porque este obsequiaba demasiado al gran duque Pablo.

Con el propósito de evitar que no solo el Austria, sino también la Rusia se engrandeciera a costa de Turquía, propuso Federico a la emperatriz, por conducto de Görtz, una triple alianza entre la Rusia, la Prusia y la Puerta. Catalina no aceptó la proposición (5), y José II, durante su permanencia en Francia, procuró formar otra alianza entre Francia, Austria y Rusia; y más adelante proyectó Federico otra entre Prusia, Rusia y Francia (6); pero todos estos proyectos fracasaron.

El antagonismo personal que entre Catalina y la reina-emperatriz existía, era un obstáculo para una aproximación entre Austria y Rusia. Catalina, entre otras cosas en su carta a Grimm, censuraba duramente a María Teresa llamándola «hipócrita.» Con ocasión de la guerra de sucesión bávara,

(1) Reimann, 236.

(2) Ranke: *Las potencias alemanas y la alianza de los príncipes*. Obras, XXXI, 22.

(3) *Diaries and correspondence of James Harris*, Londres 1844, I, 175. *The preponderance of the king of Prussia exist here in full force.*

(4) Harris, 182. En mayo de 1778, decía: *The king of Prussia has lost his influence* (el rey de Prusia ha perdido su influencia) pág. 188; véanse también págs. 233, 268, 277; y por último en febrero de 1799 decía: *The king of Prussia has overshot his mark, and as is often the case, by being too cunning, betrayed himself.* (El rey de Prusia ha errado el tiro, y como sucede con frecuencia, su diplomacia se ha quebrado de puro sutil.)

(5) Hermann, VI, 27.

(6) Hermann, VI, 9. Arneth, *María Teresa y María Antonieta*, París-Viena 1865, pág. 244.

decía Catalina en broma: «La señora mamá no quiere comer, pero el señor hijo tiene mucho apetito.... por esto la querida mamá ha cometido un pecado pasivo: ahora ha llegado la hora de la penitencia, etc. (7).» Otra vez, Catalina encuentra a «mamá» (tal era el nombre con que solía designar a María Teresa) inexplicable: si me porto con ella generosa y desinteresadamente, me encuentro con intrigas y estratagemas que me hacen poner en guardia. «Estos son escamoteos que no tienen igual», escribía hablando de María Teresa y de José (8), de quien no habló bien hasta el año 1780 y a quien llamaba *il piccolo bambino, l'homme a double face, ó «cara de Jano.»*

Ya se comprenderá que a su vez la austera reina-emperatriz acostumbraba a expresarse en sentido desfavorable a Catalina: María Teresa había sido un modelo de esposas y la historia del matrimonio de Catalina contenía motivos suficientes para que la emperatriz de Rusia inspirara repugnancia a la de Austria. Siempre tenía María Teresa una palabra de censura para Catalina; no podían tampoco serle simpáticas las relaciones amistosas entre Rusia y Prusia y siempre tuvo a Catalina por mujer digna de escaso crédito y de menos confianza. La conducta observada por la emperatriz de Rusia durante la guerra de sucesión hubo de aumentar la indignación de la reina-emperatriz, la cual manifestó repetidas veces en sus cartas, usando expresiones un tanto duras, el descontento que el proceder de la corte rusa le causaba (9).

Así las cosas, no tardó sin embargo en efectuarse la aproximación de las dos cortes. José II y Catalina comenzaron al mismo tiempo a ocuparse formalmente en el estudio de la cuestión oriental: Catalina tenía fijos los ojos en la anexión de Crimea, bosquejándose ya el llamado proyecto griego: José pensaba en una extensión de las relaciones mercantiles del Austria en el mar Negro: podía, pues, muy bien acontecer que ambos Estados necesitasen el uno del otro.

El conde Coblenz, a poco de haber llegado a San Petersburgo, comenzó a representar un gran papel, por más que la corte de Prusia procurara, según refiere Harris, perjudicarle cuanto pudiese. En abril de 1780, el embajador austriaco recibió de Viena el encargo «de no ahorrar dinero ni trabajo alguno para apartar a Rusia de la alianza de Prusia y restablecer la amistad que de antiguo había reinado entre las dos cortes imperiales (10).»

En los últimos sucesos, observa Ranke, el Austria se había visto abandonada por su principal aliada, la Francia, mientras que Prusia había sido apoyada por la suya, Rusia, por cuyo medio había podido preponderar la política de Federi-

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 113.

(8) *Si la gourmandise sera punie par une indigestion*, escribía Catalina hablando de la conducta de Viena en la cuestión de la sucesión bávara, *justice sera faite; mais c'est Maman qui est inconcevable; elle nous en donne plaisamment à garder avec son desintressement si généreux et ce coûte que coûte pour n'aller pas au diable et puis il y a là-dessous tant de tours de passe-passe, qu'il faut être bien sur ses gardes pour n'y être pas pris comme dans un filet.* *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 99.

(9) Así, por ejemplo, decía en 4 de julio de 1778 a José: «El gran duque, como es sabido, lo propio que su pretendido padre y que la emperatriz no hacen más que entregarse a toda clase de disoluciones.» Arneth, *María Teresa y José II*, II, 313. A María Antonieta decía: «El sucesor es más prusiano que su supuesto padre, y que su madre, la cual ha dejado de serlo un poco, aunque no tanto que pueda esperarse nada de ella contra el rey de Prusia, ni aun meras demostraciones. Solo se muestra pródiga en palabras hermosas que nada dicen, ó que vienen a ser la fe griega: *græca fides*. Arneth, *María Teresa y María Antonieta*, pág. 245, y más adelante pág. 267 y 273.

(10) «Memoria» de Sacken, en Herrmann, VI, 28.

co. Por eso se daban nuevamente los pasos necesarios para romper el arma dirigida contra el Austria é inspirar al gobierno ruso la convicción de la comunidad de intereses que tenía con Austria en las grandes cuestiones (1).

La primera idea de una entrevista personal con Catalina partió de José, el cual en broma habló con su madre, durante el invierno de 1779 a 1780, de su proyecto de visitar a la emperatriz rusa. Animado de este deseo habló con el embajador ruso, príncipe Colizyn, sin ponerlo antes en conocimiento del príncipe Kaunitz; Colizyn se apresuró a comunicarlo a la emperatriz y Catalina no vaciló en expresar el placer que el viaje le causaría, añadiendo que no hablaría de él a nadie, ni siquiera al conde Panin.

María Teresa dió cuenta de todo a Mercy en una carta, en la cual manifestaba el descontento que le producía el proceder de José. La antipatía que le inspiraba la persona de Catalina y el temor de que las demás potencias tomaran a mal la entrevista, indujeron a la reina-emperatriz a decir que el viaje no era de su gusto: con esto se ve otra vez, añadia, cuán poco puede la reina-emperatriz sobre su hijo, y cómo no le es dado oponerse a sus planes, por más que comprenda las funestas consecuencias que pueden producir. Añadia que José se recreaba de antemano con el disgusto que aquella entrevista había de ocasionar a Federico (2).

José, en una carta a Kaunitz, destinada a ser puesta en conocimiento de Colizyn, daba cuenta de sus propósitos sobre algunos detalles de aquel viaje, diciendo que se presentaría como conde de Falkenstein en Mohileff, donde pensaba residir la emperatriz con ocasión de la visita a la Rusia Blanca, y que deseaba se le recibiera sin ceremonia alguna (3).

Kaunitz aprobó decididamente el plan del emperador, y en sus *Reflexions sur l'entrevue prochaine*, que se encontraron en el archivo de Estado de Viena, señaló como el principal objeto de la entrevista de José II con la emperatriz el establecimiento de buenas relaciones entre ambas cortes, inteligencia que había de ser sumamente ventajosa a los dos Estados. En todos los planes relativos al Oriente, se hablaba de la posibilidad de que Rusia se propusiera llevar a cabo una división de Turquía y de la actitud que tomaría la Prusia en el caso de que Rusia y Austria se dirigiesen contra la Puerta (4).

Nada de extraño tiene que la noticia de tal entrevista causara sensación. El embajador austriaco en París habló de ella con Vergennes, para arbitrar los medios de hacer frente a las intrigas que eran de temer de parte de Rusia. Por lo demás, ni Mercy d'Argenteau ni María Teresa creían que el viaje de José tuviera grandes consecuencias, pues se consideraba tan sólida la alianza pruso-rusa, que en Viena se había dicho públicamente que Catalina, antes de contestar al ofrecimiento de José, había tranquilizado a Federico II; opinión que carecía de todo fundamento (5).

El conde Görtz manifestó en San Petersburgo a Panin el temor de que la próxima entrevista llevara consigo un cambio en el sistema político, lo cual negó rotundamente el ministro ruso, en nuestro sentir poseído en aquel momento de una convicción profunda. Por tanto Görtz escribió al rey Federico diciéndole que podía estar tranquilo, esperar

(1) Ranke, XXXI, 95.

(2) Arneth y Geofroy, *María Antonieta. Correspondencia secreta entre María Teresa y el conde de Mercy Argenteau*, París 1874, III, 404, 405.

(3) Arneth, *José II y Catalina*, Viena, 1869, pág. VI, VII. 1.º de marzo de 1780. Ya en febrero, Harris tenía conocimiento de la próxima entrevista. Véase *Diaries* etc., I, 285.

(4) Ranke, XXXI, 94.

(5) Arneth y Geofroy, III, 413, 417, 404-405. *Memorias para la historia moderna* de Raumer, V, 441.

confiado, no manifestar temor alguno y dejar tiempo a la corte de Viena para que revelara sus propósitos. Federico pareció tranquilizarse y dió que las esperanzas que Kaunitz tenía puestas en el suceso no se realizarían (6). Acerca de esto, se adoptó un medio para neutralizar el efecto de la visita de José a Rusia, combinándose el plan de otro viaje del sobrino del rey, el príncipe Federico Guillermo, a San Petersburgo, viaje que se haría más adelante (7). Según parece, Prusia pensó también muy seriamente en atraerse, por medio de grandes promesas, a Potemkin para contrarrestar las fatales consecuencias que pudiese tener la entrevista de Catalina con José en Mohileff (8).

Con gran impaciencia esperaba José el éxito de su empresa: en una carta dirigida a su hermano Leopoldo habla de las ventajas que de aquel viaje podría prometerse ó exigir la Rusia (9) y al mismo tiempo ofreció a su madre al ponerse en camino hacer todo lo posible para corresponder a sus deseos y merecer sus elogios (10). María Teresa nada bueno esperaba y escribía a su hija María Antonieta: «Este viaje me causa mucha pena,» a lo cual contestó la reina de Francia que aunque no entendía mucho de política, dudaba que la entrevista personal con «esa emperatriz» produjese ventaja alguna. Por lo demás, creía que podía contarse con la perspicacia y la prudencia de José (11).

Catalina, en tanto, se ocupaba en los preparativos de su excursión. Besborodko escribió al gobernador de la Rusia Blanca, conde Sachar Chernyscheff (4 de agosto de 1780), que en las iluminaciones que se preparaban debían figurar inscripciones y emblemas que celebraran la concordia entre ambos príncipes y consignaran las bendiciones que esta concordia había de atraer sobre ambos pueblos. La emperatriz manifestó expresamente su deseo de que en las fiestas que se iban a celebrar se aludiera de un modo ó de otro a la paz de Teschen (12).

En su carta al gran duque Pablo y a su esposa, así como en la que dirigió a Grimm, decía Catalina que se encontraba perpleja acerca de algunos puntos de la entrevista que debía celebrar con el emperador José (13). «Si esa gente se quedara tranquila en su casa, otros no mostrarían tanta ansiedad, añadia en la carta a Grimm; por tanto tendré que hacer otra vez el papel de *Ninette à la cour* y mostrar a viva luz mi ordinaria torpeza y encogimiento (14).» En otro escrito decía: «El conde Falkenstein desea verme; yo le he escrito que no valía la pena; él quiere que yo olvide lo que él es; pero le he contestado que esto es imposible, etc.» En otra carta a Potemkin, fijaba las ceremonias que debían guardarse en el primer saludo (15); y en otras, llenas de palabras corteses, que se cruzaron entre Catalina y José, manifestaron ambos la impaciencia que sentían por saludarse (16).

José llegó a Mohileff dos días antes que la emperatriz, muy contento de haber visto durante el viaje que la ventaja

(6) Zinkeisen, *Historia del Imperio otomano*, VI, 258-260.

(7) Ranke (XXXI, 100) opina que Panin se mostró contrario a la realización de aquel plan. Otros (Zinkeisen, VI, 257) creen que la idea partió de Panin.

(8) Zinkeisen (VI, 258) va demasiado lejos respecto de la memoria de Harris.

(9) Arneth, *María Teresa y José II*, 241.

(10) Arneth, *María Teresa y José II*, 245.

(11) Arneth, *María Teresa y María Antonieta*, 313, 317-319.

(12) Véase la biografía de Besborodko, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIV, 65.

(13) *Ilustración de la Sociedad histórica*, IX, 51 y 52.

(14) *Toute ma gaucherie et mon embarras ordinaire. Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 128. El editor se equivocó en la fecha poniendo 1779, en vez de 1780.

(15) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 180-181.

(16) Arneth, *José II y Catalina*, pág. 6-8.